

CORPOREIDAD, HERENCIA Y EDUCACIÓN: LA REPRESENTACIÓN DE LA INFANCIA EN TRES POEMAS CASTELLANOS DEL SIGLO XIII*

JEZABEL KOCH**

Universidad de Buenos Aires

Resumen

Tomando como punto de partida el gesto inaugural de Philippe Ariès en lo concerniente a los estudios sobre la niñez, el presente artículo se propone abordar las formas de representación de la infancia presentes en los tres poemas que componen el Ms. K-III-4 de la Biblioteca de San Lorenzo de El Escorial (*Libro de Apolonio, Vida de Santa María Egipciaca, Libre dels tres reys d'Orient*), buscando así, delinearle un espacio de comprensión a los modos de ser niño que se dejan leer en este códice. Modos de ser que, no sólo permiten rectificar las afirmaciones fundantes del historiador francés, sino que a su vez, devienen signo del imaginario y los saberes de un siglo XIII propenso a la condición terrena del hombre.

Palabras clave

Infancia – corporeidad – educación – herencia – S. XIII castellano

Abstract

From the opening gesture of Philippe Ariès (regarding the studies of childhood) as the starting point, this article aims to explore the childhood representations forms found in the three poems that make up the Ms. K-III-4 of the Biblioteca de San Lorenzo of El Escorial (*Libro de Apolonio, Vida de Santa María Egipciaca, Libre dels tres reys d'Orient*), looking for an

* Fecha de recepción del artículo: 23/04/2014. Fecha de aceptación: 03/06/2014.

** Adscripta a la Cátedra Literatura española I, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Dirección postal: Güemes 4790 5° “B”, CP: 1425, C.A.B.A., Argentina, e-mail: jezabel.koch@gmail.com

understanding of the different ways of being a child that can be read in this codex. Ways that not only allow to rectify founding assertions of the French historian, but also become signs of the imaginary and knowledge of a XIII century prone to men earthly condition.

Key words

Childhood – corporeal nature – education – heritage – Castilian XIII century

[...] *un niño es algo absolutamente nuevo*

[...] *un origen absoluto, un verdadero inicio.*

JORGE LARROSA

La publicación en 1960 de *L'enfant et la vie familiale sous l'ancien régime* supone por parte de su autor, Philippe Ariès, un doble gesto: aquel que inaugurando a su vez clausura. Esta inclinación jánica se corrobora en la medida en que, al mismo tiempo que da inicio a los estudios sobre la niñez (fundados éstos sobre los documentos que le otorga la historia francesa), el punto de partida de la obra se sustenta en la negación de toda conciencia relativa a la infancia (y con ella a la educación, la vida privada y la familia), haciéndola extensiva a toda la Edad Media occidental.¹

¹ Resulta significativo esclarecer el punto de partida del presente trabajo en relación a lo que consideramos ciertas afirmaciones demasiado generalizadoras por parte de Ariès. Si, tal como propone Z. SHAVIT en “La noción de niñez y los textos para niños”, *Criterios*, nº 29, enero-junio 1991, pp. 134-161, la tesis básica del historiador francés supone que “la comprensión cultural de la infancia ha cambiado mucho en la sociedad occidental”, nada puede rebatirse o rectificarse al respecto. Sin embargo, consideramos que esta tesis se fundamenta en una serie de enunciados que, por la contundencia con que son afirmados, pierden de vista datos históricos sugestivos. Las siguientes frases suponen un buen ejemplo para ilustrar nuestro punto de partida, que no niega un cambio a lo largo de la historia en lo que a la noción de niñez se refiere, sino que propone una mirada más comprensiva en relación a la percepción de la infancia en la Edad Media, más específicamente los inicios del siglo XIII castellano: “Hasta aproximadamente el siglo XVII, el arte medieval no conocía la infancia o no trataba de representársela; [...]. Cabe pensar más bien que en esa sociedad no había espacio para la

Si bien la crítica especializada concuerda en que la actitud de desinterés hacia la infancia resulta una situación sumamente común en la Edad Media europea y que las mismas producciones verbales de este periodo le otorgan escasa centralidad a los niños, también es cierto que hay textos que suponen una sugestiva excepción.²

Tal es el caso de tres poemas de la primera mitad del siglo XIII, conservados en un mismo manuscrito castellano fechado en el siglo XIV (el Ms. K-III-4 de la Biblioteca de San Lorenzo de El Escorial): el *Libro de Apolonio*, la *Vida de Santa María Egipcíaca* y el *Libre dels tres reys d'Orient*. Tres poemas en los cuales a partir de disímiles figuras infantiles (un pequeño niño que recibe la gracia de la Virgen María, una joven muchacha rebelde que huye del marco familiar, una pequeña princesa cuya educación e intelecto se equiparan con la “maestría” de su padre), es posible deslindar una imagen de la infancia que, si bien dista mucho de su acepción contemporánea, sorprende por la proximidad de sus alcances.

Abrirle un espacio de comprensión a los modos de ser niño que se dejan leer en estos tres poemas es la propuesta del presente trabajo, que se sustenta en la convicción de que estas imágenes de la infancia, así como el manuscrito en su conjunto, cifran su contemporaneidad, trasuntan el contexto de producción, dan cuenta de los saberes y el imaginario de un siglo XIII que, tal como expresa Alvar, “manifiesta una clara propensión hacia el hombre, hacia la condición terrena del hombre”.³

infancia” (p. 57); “La vida privada, inhibida durante la Edad Media [...]” (p. 457); “El análisis iconográfico nos inclina a aceptar el hecho de que el sentimiento de familia era desconocido en la Edad Media” (p. 466); “la civilización medieval no tenía idea de la educación” (p. 539). P. ARIÈS, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus, 1987.

²Al respecto pueden consultarse S. ARROÑADA, “El mundo infantil en tiempos de Alfonso el Sabio”, *Estudios de Historia de España* VI, 2004, p. 25; y S. ARROÑADA, “La visión de la niñez en las Cantigas de Santa María”, en *Iacobus* n° 15 (2003), p. 188. Ambos artículos no sólo abordan la situación de desinterés por la infancia predicada de la Edad Media, sino que también suponen el abordaje a una de estas fructíferas excepciones: las *Cantigas de Santa María* del rey Alfonso el Sabio, texto medieval contemporáneo a nuestros poemas.

³M. ALVAR, “Apolonio, Clérigo entendido”, en *Symposium in honorem prof.M. De Riquer*, Barcelona Universidad de Barcelona y Quaderns Crema, 1986, p. 62.

La infancia sagrada en el *Libro de los tres reyes de Oriente*

Atendiendo al contexto codicológico, es decir, a los límites materiales ofrecidos por el códice abordado, el *Libre dels tres reys d'Orient* es el último en orden de aparición al interior del manuscrito. Es decir que éste se cierra con un poema dedicado a la infancia y muerte de Jesús. La importancia de este gesto, que lleva al compilador a finalizar su obra miscelánea con un poema dedicado al costado más humano de Jesús, nos permite subrayar la importancia fundante de la infancia al interior del manuscrito, comprendida ésta, ante todo, como signo constitutivo de la humanidad, como cifra de una cotidianidad que impacta en el cuerpo, que es carne, y por ello vida, posibilidad de alegría, pero también de dolor.

La historia que conjuga relatos tanto de los evangelios canónicos como de los apócrifos es conocida.⁴ Guiados por la estrella, los tres magos que posteriormente la tradición convertiría también en reyes van a visitar a “Jhesu Christo que era nado” (v. 3).⁵ El nacimiento sin embargo, es recibido con una trágica bienvenida. Herodes, atravesado por la ira envía a sus hombres a matar a todo pequeño que encuentren con la esperanza de aniquilar la posibilidad de cambio que engendra todo nuevo nacimiento. Los versos son de una intensidad estremecedora y nos acercan por vez primera a la imagen del niño y a la materialidad de su cuerpo que es ante todo asidero de la violencia.

“Quantos niños fallavan,
 todos los descabeçavan:
 por las manos los tomavan
 por poco que los tiravan,
 sacavan a las vegadas
 los braços con las espaldas”. (vv. 60-65)

⁴ Al respecto, ver J. FRADEJAS LEBRERO, “El Evangelio árabe de la infancia y Lo libre dels tres reys d'Orient”, *Tarmuda* V, 1957, pp. 144-149.

⁵ *Libre dels tres reys d'Orient*, (ed.), Carina Zubillaga, Buenos Aires, Secretaría de Edición y Crítica Textual (SECRIT), 2014. Todas las citas se harán sobre esta edición y se indicará a continuación de cada una y entre paréntesis el número de versos correspondientes.

La escena inicial de la infancia nos abre pues a una realidad de dolor. Niños descuartizados por el terror de los adultos. Al respecto, resulta de profundo interés la lectura que Jorge Larrosa hace de Hannah Arendt en “El enigma de la infancia”. La escena tomada es la misma: el nacimiento de Belén comprendido como la cifra de todo nacimiento, en tanto “el milagro de la aparición de la novedad radical en el mundo y la posibilidad siempre abierta de la inauguración de un nuevo comienzo en la historia”;⁶ y el infanticidio de Herodes entendido como la codificación por excelencia del terror totalitario y del afán de destrucción de la novedad que se encuentra inscrita en el nacimiento.⁷ La infancia así se yergue como novedad temida, como la alteridad y la incertidumbre con la que Herodes quiere acabar. Los cuerpos de los niños descuartizados dan cuenta así de la obturación de toda posibilidad de nuevo comienzo, de la clausura del origen radical.

Sin embargo, hay algo más en esta escena, algo que introduce nuevamente a quien oye el relato, a quien lee el poema en la palpable realidad: el llanto de las madres, acentuado por las palabras empáticas del narrador:

“Mesquinas, ¡qué cuitas vieron
 las madres que los parieron!
 Toda madre puede entender
 cuál duelo podríe seyer,
 que en el çielo fue
 oído el planto de Rachel”. (vv. 66-71)

El sufrimiento de ver morir a los propios hijos, la impotencia ante la violencia, la angustia, todo esto es entendido por cualquier madre.

⁶J. LARROSA, “El enigma de la infancia. O lo que va de lo imposible a lo verdadero”, en *Pedagogía Profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad, formación*, Caracas, Ediciones Novedades Educativas, 2000, p. 170.

⁷“Herodes quiere controlar el futuro y tiene miedo de que el nacimiento de algo nuevo ponga en peligro la continuidad de su mundo. De ahí el acto totalitario por excelencia: matar a los niños para eliminar del mundo la novedad que podría amenazarlo”, *Ibidem*, p. 171.

Así, la imagen de la infancia nos religa de inmediato con la imagen de la maternidad, y ambas con cuerpos que sufren el terror de la violencia.

A pesar de la tragedia, hay niños que sobreviven. José y María huyen junto con Jesús, “el niño” (v. 92), “el más chiquiello” (v. 112), hacia Egipto. En el camino, sin embargo, son interceptados por dos ladrones, uno de los cuales, guiado por la bondad, los hospeda en su hogar. Al interior de la casa, una nueva escena se nos ofrece, en donde la intimidad y el amor familiar parecen ser realidad palpable. Ante todo, una vez más la imagen del niño habilita la aparición de una imagen de maternidad que es pura materialidad, puro cuerpo. Delineada por la metonimia, aquí la madre es brazos que toman y alzan a la criatura, y también, lágrimas. Es la mujer del ladrón, la “huéspedada”, la que recibe en su hogar a la Sagrada Familia. Habilita colchones en los que puedan descansar los adultos, y toma en seguida en sus brazos al Niño Jesús. El poeta es elocuente al expresar los esfuerzos de la huéspedada por atender y servir a la Virgen y más aún al dar cuenta de su amor por la criatura recién nacida, una vez que solicita bañarla. La escena del baño de Jesús ocupa tan sólo unos pocos versos, suficientes para compendiar una imagen tan vívida del día a día, de una realidad material que asombra pues justamente dibuja a la familia como ese lugar de afecto que Ariès niega existiera en la época, y que se realiza en la intimidad del hogar familiar:

“Va la huéspedada correntera
e puso del agua en la caldera.
Deque el agua hovo asaz caliente,
el niño en braços prende.
Mientras lo baña, ál non faz
sino cayer lágrimas por su faz”. (vv. 155-160)

La mujer calienta el agua para el baño sólo lo suficiente, y luego de alzar al niño para introducirlo en ella, llora, mientras lo baña. Lenguaje silente y femenino, las lágrimas expresan lo que ningún discurso puede expresar, el dolor de la madre por la enfermedad del niño que

ella también hace poco ha parido. La explicación que la huésped da a la Virgen de su mortal angustia (“yo tengo tamaña cueita / que querría seyer muerta” [vv. 167-8]), es que su niño recién nacido, por culpa de sus propios pecados, ha contraído la lepra. La declaración y la forma de comprender la enfermedad que tiene esta madre resultan reveladoras en lo que al imaginario de la época se refiere. Tal como afirma Silvia Arroñada, “[s]iempre son los padres, por sus pecados, los promotores de los daños, los padecimientos y las desgracias”.⁸ Y si bien no resulta asombroso que este pequeño nacido en un hogar precario (recordemos que su padre es un ladrón de caminos) haya contraído la lepra, resulta significativo que la enfermedad que padece sea entendida como marca del pecado cometido por sus padres, como algo que se hereda. Así, la infancia no sólo se construye en la coyuntura que emerge del encuentro del cuerpo (ora el cuerpo del niño descuartizado o enfermo, ora el de la madre que es brazos y lágrimas) y de la madre (inalienable de la noción de niño), sino también del valor de la predeterminación, de la herencia (ora en la reducción ejercida por el terror totalitario de Herodes, ora por la semejanza que comparten hijo y padre). Años más tarde, una vez que el pequeño haya crecido, devendrá ladrón como su progenitor (“Los niños fueron creçiendo, / las mañas de los padres aprendiendo: / salién robar caminos /e degollavan los pelegrinos” [vv. 218-221]). Tal como propone Ariès, podemos pensar que la educación del hijo del ladrón ha sido dada por el aprendizaje que supuso la convivencia del pequeño entre los adultos y su contacto directo con ellos.⁹ Sin embargo, este “aprender las mañas”, esa forma de educación, también nos habilita a pensar la educación como otra forma de semejanza entre padres e hijos, como otra forma de herencia que obtura la radical novedad de la infancia.¹⁰

⁸ ARROÑADA, “El mundo infantil en tiempos de Alfonso el Sabio”, *op. cit.*, p. 27.

⁹ ARIÈS, *op. cit.*, p. 10.

¹⁰ “Deberíamos preguntarnos entonces hasta qué punto toda educación entendida como la realización de un proyecto reduce la novedad de la infancia en el sentido de que la reconduce a las condiciones existentes y la hace deducible de lo que ya había. Deberíamos preguntarnos, en suma, por el alcance de esa frase célebre y provocadora que escribió el heterónimo de

Retomemos la escena. Mientras la huésped baña al Niño Jesús, llora e interpelada por la Virgen, narra su desolación. Estamos ante dos madres cuyos hijos corren peligro de muerte. Una vez más, entre madres hay lugar para la empatía. Y por esta razón, la Virgen pide a la huésped que le dé en brazos al niño enfermo y retribuye el acto de amor con el mismo gesto. Ambas madres bañan a los niños. Sólo que el acto de la Virgen cura la lepra del pequeño enfermo.

“Fue la madre e prísolo en los braços,
a la Gloriosa lo puso en las manos;
la Gloriosa lo metió en el agua
do bañado era
el Rey del cielo e de la tierra.
La vertut fue fecha man a mano,
metiól’ gafo e sacól’ sano.
En el agua fincó todo el mal,
tal lo sacó com’un cristal”. (vv. 177-185)

La alegría de la madre es indescriptible, y nos regala una última escena familiar: aquella en la que la madre con su hijo sano en los brazos corre a darle la feliz noticia a su marido.

“Corre la madre muy gozosa,
al padre dize la cosa;
contól’ todo como le avino,
mostróle el fijo guarido.
Quando el padre lo vio sano,
non vio cosa más fues’ pagado”. (vv. 194-199)

Antonio Machado, *Juan de Mirena: un pedagogo hubo: se llamaba Herodes*. LARROSA, *op. cit.*, p. 172.

La infancia rebelde en la *Vida de Santa María Egipciaca*

La escena en que la Virgen cura milagrosamente por medio del baño al niño leproso nos introduce en una realidad propia de la noción de infancia en el siglo XIII castellano: la del bautismo. Si bien, a diferencia de lo que Ariès plantea, las escenas abordadas hasta el momento permiten valorar el interés que el cuerpo del niño (“la vida física del niño”)¹¹, reviste para la madre, el historiador francés no se equivoca al afirmar que en una sociedad de fuerte impronta cristiana también se volvería de vital importancia atender por la “vida futura [del niño] después de la muerte”.¹² El bautismo deviene así un nuevo signo constitutivo de la infancia, una instancia más ligada a la representación del niño. Tal es así, que es posible interpretar el baño que le ofrece María al pequeño como la administración de este sacramento. Como propone Margaret Chaplin, en tanto que la lepra era considerada simbólicamente como signo de pecado, la inmersión en el agua permitiría equiparar baño y bautismo: “*the link between the healing of leprosy by immersion in holy water and the cleansing of sins by baptism would be established immediately in the mediaeval mind*”.¹³

El poema hagiográfico que recupera la vida de Santa María Egipciaca (segundo en la disposición del Ms. K-III-4), también nos ofrece la imagen de una pequeña bautizada. Tal como el título deja apreciar, el poeta se propone dar cuenta de toda la vida de Santa María Egipciaca, desde su infancia hasta el momento de su muerte. Y podríamos pensar que lo hace por un motivo puramente didáctico ya que lo que caracterizaría a esta joven muchacha es que, al igual que María Magdalena, su figura forma parte del paradigma de la prostituta santa, de la prostituta arrepentida. Así, el poema cobrará forma a partir de una estructura doble: una infancia y juventud licenciosas (plenas de una *sexualidad*

¹¹ ARIÈS, *op. cit.*, p. 19.

¹² *Ibidem*.

¹³ M. CHAPLIN, “The episode of the robbers in the *Libre dels tres reys d’Orient*”, *Bulletin of Hispanic studies*, Vol. 44, N° 2, 1967, p. 94.

desenfrenada) contrapuestas a una madurez ascética que, junto con el correspondiente arrepentimiento y penitencia la conduce a la santidad. Sin embargo, y dado el punto de partida del presente trabajo, nuestra atención se centrará únicamente en la primera parte del poema, aquel en que María Egipcíaca “era mançeba e ninya” (v. 22)¹⁴, “et de su cuerpo muy loçana” (v. 21).

Luego de ser presentada por su nombre, lo primero que sabemos de esta niña es que:

“De pequenya fue bautizada,
 malamientre fue ensenyada.
 Mientre que fue en mancebía,
 dexó bondat e priso follia:
 tanto fue plena de luxuria
 que non entendie otra curia”. (vv. 83-88)

Los versos introductorios descargan desde el inicio la culpa pecaminosa en la pequeña. Aunque bautizada, pareciera ser que estuvo mal educada, y que la juventud la encuentra plena de lujuria sin querer atender a lo que podría llamarse la “correcta vía”. Bella y fiada de su juventud, el poeta relata que se dedicaba por entero a sus placeres sin recordar su carácter mortal, ofreciéndose a cuanto hombre se le cruzase.

Al respecto, resulta interesante precisar dos hechos que aparecen como constitutivos de la imagen de la infancia. El primero, refiere a la educación. Si bien la mención a que “malamientre fue ensenyada” permitiría suponer que María no tuvo acceso a educación alguna, la afirmación puede relativizarse como un simple juicio moral por parte del poeta respecto del accionar lujurioso de la joven, puesto que versos más adelante se predicará de ella que “era buena fablador” (v. 249) y

¹⁴M. ALVAR (ed.), *Vida de Santa María Egipcíaca*, Madrid, CSIC, 1969, 2 vols. Todas las citas se harán sobre esta edición y se indicará a continuación de cada una y entre paréntesis el número de versos correspondientes.

que “De todas cosas semeja sabida” (v. 257), cuestión que nuevamente induce a que su entorno se pregunte “¿cómo passa tan mala vida?” (v. 258). Así pues, María, a pesar de su rebeldía, ha accedido a una educación que le permite moverse con soltura, actuar con libertad y holgura, siempre dispuesta a satisfacer sus deseos. Lo que nos lleva al segundo aspecto. María aparece retratada como una pequeña rebelde, y dicha rebeldía pareciera ser inmanente a su edad: la joven bella es lujuriosa pues “mançebia la gobernaba” (v. 126). La misma “mançebia” o juventud que la hace olvidar su carácter mortal, desatender sus deberes para con la familia, y desoír los consejos de sus padres. Padres que, al igual que en el *Libre dels tres reys d’Orient* no tardan en aparecer.

Una vez presentada María, el poeta le otorga voz a su madre, no sin previamente insistir en la vergüenza que los padres sentían de su hija y en cómo ésta despreciaba sus enseñanzas y consejos. La reiteración induce a la creación de realidades. El discurso materno, gobernado por las lágrimas (“La madre assí la castigaba / e de sus ojos lloraba” [vv. 123-4]), supone la puesta en acto del reto paterno. Primero se lamenta la desobediencia de la hija, temiendo las consecuencias que su accionar tiene para con la imagen del núcleo familiar y rogando que torne “a buena vía”. Luego, se suman las promesas, aunque nuevamente seguidas del lamento por la honra familiar: en tanto padres responsables, si ella cambia de actitud, prometen cumplir con su deber ofreciéndole un marido. Se utiliza como argumento para sustentar el error en el que ha caído el linaje de la familia. Y finalmente, para rematar, la madre menciona que el padre maldice la hora en que ha nacido, renegando de su vínculo:

Tu padre te ha airado
non será en su vida pagado;
maldize essa hora en que nasçiste
porque su consejo non prisiste. (vv. 119-122)

Valioso por permitirnos acercarnos a una nueva escena de intimidad familiar, aquella en que la madre angustiada acompaña los reproches

para con su hija con lágrimas (marca del no-discurso femenino por excelencia), el discurso materno aparece sin embargo ineficaz en lo que respecta a su objetivo primario, pues no encuentra asidero. Aunque sí sirva para dejar en claro el comportamiento que se espera de la joven, el importante lugar que ocupan el linaje y la honra en la familia y la decepción que supone para los padres el que María no permanezca sujeta a lo que para la realidad de la época ella debería ser: una extensión de los padres. Esto mismo, ya percibido en el caso del hijo del padre ladrón que hereda su oficio, puede rastrearse con más intensidad y de manera más elocuente en el poema que inaugura el manuscrito, el *Libro de Apolonio*, en el cual la hija del protagonista es entendida prácticamente como una extensión de la esposa fallecida durante el parto: “si la madre perdemos, buena fija auemos” (v. 279c), “Si buena fue la madre, buena fija auemos, / en logar de la madre, la fija nos guardemos” (vv. 344a-b)¹⁵.

Inmediatamente luego del enojo materno, se nos relata que María, con doce años de edad, huirá de su hogar acercándonos a otra realidad propia de la infancia en el siglo XIII, la de los hijos que padecen la ausencia de los padres, la de las familias divididas. Sólo que en este caso, María es la que decide huir, “pora más fer su voluntat, / hir se querie de la çibdat” (vv. 133-4); “Sus parientes todos dexó, / assí que más nunca los vio” (vv. 137-9). Por otro lado, si el bautismo de los pequeños y la distancia que normalmente imperaba entre padres e hijos suponen datos que conforman la coyuntura de los primeros años de vida, no lo es menos el de la prostitución infantil a la cual María se dedicará en Alejandría, una vez alejada de sus padres.¹⁶

¹⁵ *Libro de Apolonio*, (ed.), Dolores Corbella, Madrid, Cátedra, 2007. Todas las citas se harán sobre esta edición y se indicará a continuación de cada una y entre paréntesis el número de versos o estrofas correspondientes.

¹⁶ Tal como señala S. ARROÑADA en “La baja Edad Media: una visión a través de la infancia”, *Fundación*, n° IV, Buenos Aires, 2001-2002, p. 364, la prostitución infantil resultaba usual en este periodo crítico que es la Baja Edad Media: “Generalmente eran niñas de entre nueve y doce años que se movilizaban del ámbito rural a la ciudad. Eran acompañadas por algún joven de su pueblo, que termina forzándolas o dedicándolas a la mala vida. [...] a veces eran los mismo familiares los que las introducían en este submundo”.

María escapa del marco familiar, sinécdoque del marco social, único bastión que por medio del poder paterno intenta religar a la protagonista a un resquicio de moral perdida. María rebelde no se comporta a imagen y semejanza de sus padres, de su “grant natura” (v. 115), de su “linatge” (v. 118), es decir que con sus actos subvierte la herencia a la cual quiere ser restringida, huye de la normalización (pequeña rebelde, ¿niña salvaje?), proceso por excelencia emparentado a las primeras edades de la vida.

La infancia real en el *Libro de Apolonio*

Un último estrato social nos queda por abordar: el de la realeza. Y, sin embargo, los datos constitutivos de la imagen de la infancia que al momento se dejan leer no variarán sustancialmente, sino que se verán enriquecidos por los nuevos ejemplos. Del niño recién nacido de un ladrón pobre, a la hija rebelde de una familia con ciertas pretensiones de linaje, a la hija de un sabio rey: Tarsiana, la hija de Apolonio, héroe homónimo del primer poema del manuscrito.

Así como las figuras infantiles anteriores introducían con su presencia el cuerpo de su madre, así también sucederá con Tarsiana. Con el agregado de que, llamativamente, presenciaremos el momento de su nacimiento. El parto de la madre reina se dará en pleno viaje marítimo, acompañada por su marido, su ama y por las “muchas parteras” (v. 259c) con las que la obsequió su padre.¹⁷ El dolor del parto se expresa tan elocuentemente (“ouo la primeriça los rayos ha sentir; / cuytáronla dolores que se quería morir” [v. 268b-c]) que hasta es posible escuchar a la madre gritando “nunca fembra deuía conçeibir” (v. 268d). Tarsiana

¹⁷ Sobre la asistencia médica en el parto, Arroñada comenta: “en general los nacimientos no eran atendidos por médicos sino por comadronas. Estas mujeres poseían un conocimiento sobre embarazos y partos que provenía de la experiencia transmitida a lo largo de generaciones y acostumbraban a ser moras o judías porque en esos grupos solía estar más desarrollado el saber médico”. S. ARROÑADA, “Algunas reflexiones sobre la infancia (siglos XIII al XV)”, *Meridies*, V-VI, 2002, p. 224.

nace, “criatura”, “ninya muy fermosa et de grant apostura” (v. 269b); y Luciana, su madre, aparece ante todos como muerta. Lo cierto es que la muerte es sólo aparente y habilitadora de un nuevo núcleo narrativo, pero índice a su vez del profundo peligro que suponía para una madre parir y para un niño venir al mundo.

Huérfana de madre, Tarsiana es dejada por su padre a cargo de una pareja extranjera:

“Trayén la criatura, ninya rezién nascida,
 enbuelta en sus panyos, en ropa orfresada;
 con ella Licórides, que era su ama,
 la que fue por nodriça a Luçiana dada”. (c. 331)

Una vez más la representación de niños alejados de sus padres, de familias divididas. Sólo que esta vez se suman dos nuevos agentes en la vida de esta criatura cubierta con prendas tejidas en oro¹⁸: su ama Licórides y aquella mujer que pasa a officiar de madrastra, Dionisa. En tanto que las nodrizas son unas figuras de gran importancia en lo que refiere al concepto de infancia en la época (pues a ellas se le solía delegar la crianza y alimentación de la criatura), la madrastra cobra a lo largo de la tradición popular tintes negativos. Del carácter constitutivo de la nodriza en la vida del niño nos habla Arroñada:

“En casi todos los niveles sociales se recurría a una nodriza. Esta mujer se encargaría de amamantar a la criatura por un lapso que podía extenderse hasta los tres años, creándose un vínculo entre ella y el pequeño

¹⁸ Así como Tarsiana recién nacida llega en ropas “orfresadas”, es decir, tejidas en oro, el valor de la indumentaria de la infanta como índice de la jerarquía social permanece constante a lo largo del poema. Así, antes de partir se dice que Apolonio, el padre, “dexóle grandes aueres, de ropa grant partida” (v. 348b), ropas que sus tutores le darán durante su crianza: “dieronle muchos mantos, mucha penya vera et grisa, / mucha buena garnacha, mucha buena camisa” (v. 349c-d) y que se corresponden con ropajes graves y antiguos, indiferentes por entero a diferenciar la edad de la criatura.

mucho más fuerte que con la propia madre. Tan cercano era este lazo que, ya adultos, ellos las recuerdan con agradecimiento y les otorgan dinero o bienes en recompensa a su dedicación”.¹⁹

En tanto que la imagen negativa que se configura de la madrastra ya se encuentra codificada siglos después en el primer diccionario monolingüe castellano. *El Tesoro de la lengua Castellana o Española* de Sebastián de Covarrubias (de comienzos del siglo XVII), nos dice que el término se deriva de “madre áspera” y que esto se debe a que “siempre se presume que [la mujer que casa con alguno que tiene hijos] a estos tales no los quiere bien”.²⁰ Esta mala fama se condice históricamente con otro delito ejercido por los adultos por sobre los niños, diferente del abuso sexual: el de apropiarse de sus pertenencias. Luego de criarla durante doce años, Dionisa sucumbirá a la envidia y a la tentación e intentará asesinar a Tarsiana, para así poder apoderarse de sus pertenencias y de los adornos que la hacen hermosa y casar con ellos a su verdadera hija, “la que houe parida” (v. 370d).

Esta escena que con los siglos se popularizaría (la de la madrastra que manda a asesinar a la pequeña) nos permite aproximarnos a un hecho del cual Ariès se ocupa con minuciosidad: la tumba de los niños.

“Fizo sobre la piedra las letras escrevir:
‘Aquí fizo Estrángilo ha Tarsiana sobollir,
fija de Apolonyo, el buen rey de Tir,
que a los xii anyos abés pudo sobir’”. (c. 446)

Sin una representación icónica, el epitafio sin embargo resulta elocuente en lo que refiere a la representación de la infancia. La lápida declara quién ha enterrado a la niña, de quién había sido hija y la es-

¹⁹ ARROÑADA, “Algunas reflexiones sobre la infancia (siglos XIII al XV)”, *op. cit.*, p. 225.

²⁰ S. de COVARRUBIAS, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, ed. de Felipe C.R. Maldonado, revisada por Manuel Camarero, Madrid, Castalia, 1995. S.v. Madrastra.

casa edad que contaba al morir: “apenas pudo llegar a los doce años”. Tarsiana, no sólo merece una tumba que recuerde su identidad de hija fallecida, sino que será intensamente llorada por su padre, hasta que éste descubra que el asesinato no se ha cometido. Nuevamente, una muerte aparente nos lleva a considerar lo usual que es la muerte en las instancias relativas a la infancia (antes la madre parturienta, ahora la niña despreciada por su madrastra), aunque esta realidad no suscite indiferencia en el padre. Si Apolonio se autoimpone una penitencia de años de vagar en el desierto por la supuesta muerte de su mujer durante el parto (penitencia que lo aleja de Tarsiana recién nacida, “la ninyuela, huna cosa querida” [v. 348a]), desfallecerá de dolor al creer perdida a su hija.²¹

Finalmente, hay sí una diferencia crucial entre Tarsiana niña y las dos figuras infantiles anteriores. Diferencia que se sustenta en el hecho de que sea la hija de un rey cuya característica principal es el de ser “de letras profundado” (v. 22a). Tal como expresa Alvar, Apolonio “no es otra cosa que el retrato de un intelectual que precia más el saber que su propia vida”,²² cuyo aprendizaje ha pasado tanto por los saberes del

²¹ Huéspedea, diz [Apolonio], querría más la muerte que la vida,
cuando por míos pecados la fija he perdida;
la cuyta de la madre, que me era venida,
con ésta lo cuydaua aduzir ha medida.

Quando cuydé agora que podria sanar,
que cuydaua la llaga guarir et ençerrar,
é preso otro golpe en esse mismo lugar,
non he melezina que me pueda sanar.

[..]

Demás quiero hirluego veyer la sepultura,
abraçaré la piedra, maguer fría et dura;
sobre mi fija Tarsiana planyeré mi rencura,
sabré de su façienda algo por auentura”. (c. 441, 442, 444)

²² ALVAR, *op. cit.*, p. 51.

trivium como por los del *quadrivium*.²³ Esta forma de llevar a cabo la enseñanza es la forma propia de exponer el saber medieval, en el cual también Tarsiana estará formada. Cumplidos los siete años de edad, será llevada por sus padrastros a la escuela en donde aprenderá gramática (la primera de las siete artes) y a tocar la vihuela (la música era considerada en esta época el último arte del *quadrivium*), saberes que presuponen que ha sido instruida en la totalidad de las artes liberales. El esfuerzo y voluntad de Tarsiana en su formación son constantes (“Non queryé nengún día su estudio perder [...] / ca preciáuase mucho et querié algo ualer” [v. 353a, d]), a tal punto que no sorprende que la educación sea concebida así como un signo de prestigio social, que termina convirtiéndose en “maestra complida” (v. 352b).

Tarsiana, hija de un rey letrado, encarnará la excepcionalidad: una niña del medioevo cuya educación privilegiada le permitirá, ante los avatares de la vida, salvarse de la prostitución ejerciendo la práctica de juglaresa. Si María Egipcíaca, destacada por su capacidad de palabra y por la belleza de su cuerpo, alcanza la cumbre de la lujuria como prostituta en Alejandría; Tarsiana interponiendo el saber de la palabra entre el abusador y su cuerpo, “sópose, maguer ninya, de follia quitar” (v. 432d).

La infancia en el siglo XIII castellano

Este somero recorrido por tres formas distintas de ser niño en la Edad Media, tal vez, íntimamente relacionadas con la adscripción social de cada uno de estos niños, nos permite entrever una comprensión de la infancia mucho más rica y compleja de la planteada por Ariès.

²³ Entre los rasgos fundamentales del sistema medieval de enseñanza encontramos que el programa de enseñanza universitario se estructura jerárquicamente y se compone de las llamadas siete artes liberales (es decir, aquellas dignas del hombre libre, aquellas que no tienden al lucro). El patrimonio del saber se divide en las primeras tres artes de la letra: gramática, retórica, dialéctica; y las cuatro artes del número: aritmética, geometría, música, astronomía. Para profundizar al respecto, resulta instructiva la consulta de E.R. CURTIUS, *Literatura Europea y Edad Media Latina*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1981.

En principio, tal y como los tres poemas dejan leer, pensar en la infancia implica irreductiblemente pensar en una familia, núcleo fundante de la estructura social de la época. Al respecto, Cuesta Torre afirma:

“En este periodo histórico la estructura social está basada en la familia y en la vida doméstica, por lo que la pareja casada tiene una posición dominante respecto al hombre y la mujer solteros, que sólo reciben el pleno uso de sus derechos al casarse”.²⁴

Así, la categoría de familia permite delimitar, aunque difusamente, con lindes borrosos y en permanente oscilación, una idea de niño, de infancia. Pues, si en términos teóricos la infancia sería ese periodo en la vida que cubre hasta los siete años de edad, la oscilación terminológica permite suponer que los límites no eran tan precisos. Así, tanto el hijo del ladrón recién nacido, como Tarsiana con doce años de edad son llamados “ninyos”. *Ninyo*, *ninyuela*, *chiquiella*, *pequenyó*, son todos términos utilizados para pensar a aquellos que aún se encuentran en una relación de dependencia respecto del núcleo familiar. La infancia, por ello, no se reduce al periodo de mayor fragilidad tal como propone Ariès, sino a ese periodo en el cual los pequeños no están capacitados para formar por sí mismos una familia, es decir, de ejercer con plenitud sus derechos sociales.

Por otro lado, ser niño, y hablar de niños, supone en este siglo pensar una pluralidad de circunstancias, que en su conjunción nos devuelven una particular imagen de infancia. Como se lee en el Ms. K-III-4 la infancia es desde el inicio un signo que nos sitúa en la materialidad de las costumbres, en el incesante devenir del día a día, índice de cotidianidad. Hablar del niño, pensar en el niño, representarlo, supone ingresar en la dimensión del cuerpo: el cuerpo de la criatura y el cuerpo de la madre que lo ha traído a la vida. Niño es aquel que debe ser bautizado, aquel que corre peligro de morir prematuramente; pero también es aquel

²⁴ M.L. CUESTA TORRE, “Uso del poder y amor paternal en el *Libro de Apolonio*”, *Actas del VI Congreso de la AHLM*, Alcalá, Universidad de Alcalá, 1997, p. 554.

de quien se sabe que es fácil abusar. Aquel a quien es fácil corromper, aquel a quien se puede violar.

Pensar en la infancia supone pensar en los modos en que los adultos reciben al niño: pensar en Herodes, pensar en la educación, y pensar si, como se pregunta Larrosa, en cierta medida ambas no implican lo mismo: una forma de cancelar esa suprema novedad que es el recién nacido.

Finalmente, si bien es cierto que ser niño en el siglo de nuestros poemas implicaba cierta distancia en relación con los padres, y que figuras como la nodriza y la madrastra resultaban determinantes en la crianza de los pequeños alejados del círculo familiar, también lo es que la intimidad en el hogar existía y que los niños despertaban en sus padres un amor que en los poemas se traduce en llanto: como en la escena en que madre y padre celebran la curación de su hijo recién nacido gracias a la Virgen; o como cuando la madre de María Egipcíaca la reprende pensando en su bien y en el bien familiar; o como cuando Apolonio descubre que ya no hay cura para su corazón una vez que su esposa e hija han fallecido.

Niño pareciera ser aquel que en tanto enigma se ve constreñido por la herencia, por la semejanza y por la educación: del hijo del ladrón sólo se espera que sea ladrón; de la niña rebelde que entre en razón y honre a su familia; de la muchacha noble que decorosa con su educación se preserve intacta. Una definición de infancia válida tanto para el siglo XIII como para el día de hoy.